

¿Puedes hacerte cargo de tu vocación?

¡Si no vives para servir... no sirves para vivir!

Hay una tercera pregunta que necesariamente se debe hacer todo el que se plantea su vida en clave vocacional: ¿Valgo para esa vocación? ¿Tengo suficientes cualidades para abrazarla? ¿Estoy capacitado para ser sacerdote o religiosa o consagrado? Porque no debes dar un paso adelante sin sopesar bien las cosas. Hay que evitar el fracaso y la frustración que acarrea toda precipitación.

Pero antes de seguir, hay que hacer una aclaración importante: Para Dios “llamar es dar”. Dios no llama a nadie a ninguna misión, si previamente no lo “*super-capacita*” para llevarla a cabo. Si una persona es negada para algo, no se le pueden pedir sacrificios superiores a sus fuerzas. Por ejemplo, un reumático no serviría para ser buzo; ni sería buen médico quien se mareaba al ver la sangre. Pues lo mismo pasa con una vocación consagrada: Para ser sacerdote o religiosa hay que contar con ciertas cualidades, al menos en un nivel básico y suficiente.

Pero, ¡cuidado! en ocasiones nos encontramos con personas que, aparentemente, no lucen grandes cualidades, pero que sin embargo, Dios se luce en ellas... ¿Quién no conoce al santo Cura de Ars, tan torpe para los estudios y... ¡tan excelente sacerdote!?. Ya decía san Pablo que, por pura gracia de Dios, llevamos un tesoro muy grande en vasijas de barro. Por eso, en una vocación las cualidades son importantes, pero hay que verlas en el conjunto de la persona y con los ojos de Dios.

¿Y qué cualidades se requieren para responder a una llamada especial del Señor para una vida sacerdotal, consagrada o misionera? Como hay que resumir, propongo fundamentalmente tres:

- Gozar con una *salud física y psíquica normales*. No se pide nada extraordinario, sino la correspondiente a tu edad. Lo cual supone una normalidad en la dieta, en el descanso, en el deporte; una madurez en tus juicios y reacciones; control en tus costumbres,...etc. Y por supuesto contar con la inteligencia suficiente para el servicio que Dios te pide. Gente rara y problemática, en principio, no valdrían para una vida de entrega y sacrificio por los demás.
- Tener buenas aptitudes para *relacionarse con los otros*. Ello supone que saber conjugar en primera persona del singular verbos tan importantes como compartir, dialogar, jugar con otros, escuchar, perdonar, pedir perdón, convivir, cumplir con la palabra, servir, sonreír, soportar, ... Nadie te pedirá que seas ya perfecto, pero sí que te esfuerces en caminar adelante y hacia arriba.
- *Vivir bajo la mirada de Dios*. El ha de ser el más importante de tu vida. Y porque lo es, lo quieres y le obedeces. Lo buscas en el estudio y le tratas con frecuencia en la oración. Vives una vida moralmente sana, sin malos hábitos; eres sincero y transparente; te dejas guiar y corregir por un hermano mayor... y, sobre todo, intentas que Jesús y los suyos, su comunidad, sean el centro de tu vida y le sirvas con alegría y constancia en los días buenos y en los días malos.

Sugerencia para orar:

Vete tu solito a una capilla con tu biblia. Recita delante del Señor el salmo 138, muy despacio. Y luego repite, al menos por tres veces, esta oración que inventó san Agustín: **“Señor, dame lo que me pides y ¡pídemelo que quieras!”** No lo olvides, al menos por tres veces.

En otro momento, pregúntale a quien te conozca bien que cualidades descubre que te posibilitan abrazar con ciertas garantías la llamada del Señor. Que te diga cuales son en concreto.